

Jaime Quezada

**GABRIELA MISTRAL:
UNA VIDA, UNA ENSEÑANZA**

*

Clase Magistral
Ceremonia Doctor Honoris Causa Post Mortem
a Gabriela Mistral
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
UMCE
Salón de Honor
Congreso Nacional (Santiago)
Miércoles 21 de Octubre
2015.

*

*Aquí estoy si acaso me ven,
y lo mismo si no me vieran.*
G. M.

Convivio de gracia esta dignísima mañana de universitaria honra académica post mortem a Gabriela Mistral, poeta y maestra, universalmente reconocida “por una poesía lírica inspirada en poderosas emociones y por haber hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”, como fundamentó la Academia Sueca al otorgarle el Premio Nobel de Literatura en 1945.

Gabriela Mistral (1889-1957) representa en la literatura chilena e iberoamericana, muy cabalmente, a una autora que no sólo escribió –en sus no más de cinco libros de desolaciones y lagares- una poesía cargada de intensidad y sentido humano, sino, y de manera principal, a una mujer chilena de tres siglos, que nos nace hacia las décadas últimas del XIX, que realiza su magisterio y su obra durante toda la primera mitad del siglo XX y que se nos proyecta para este XXI en deslumbradora y visionaria vigencia, y que bien supo decir su pensamiento y su acción en los temas tutelares del poema o de la prosa.

Ella, que nos nace en un valle cordillerano elquino, que se recorre desde muy temprano el territorio patrio en andanzas educacionales: Coquimbo, Traiguén, Antofagasta, Magallanes, Temuco, Santiago (“no voy sino a los lugares donde puedo servir”), se nos irá luego por países y continentes en una errancia o extranjería de vagabunda voluntaria. Pero en todo lugar será siempre fiel a sus preocupaciones y motivaciones: sus país natal de Chile, su América continente nuevo, y los habitantes de ese país y de esa América en sus geografías y sus costumbres, en sus vidas y sus oficios, en sus cuestiones sociales y ciudadanas y, por sobre todo, en sus asuntos educacionales o en sus maneras de rescatar lo mal deletreado o lo mal averiguado.

*

La obra poética de Gabriela Mistral no parece extensa, aunque sí intensa. Ella misma reconocía sin recato alguno: “Mi pequeña obra es un poco chilena por la sobriedad y la rudeza”. Es decir, piedra de rodado de cordillera en su desafío y en su asombro, en su tratamiento de escritura tan reveladora de tema y de lenguaje. Sin embargo, esta “pequeña obra” conlleva una profunda valoración de los sentimientos espirituales y humanos, un amor por sus lugares natales, la tierra campesina y las riquezas vivas de los pueblos americanos.

Así sea el tanto amor que calla en sus tribulaciones espirituales de *Desolación*, ese libro primero de 1922, nada de desolado sino amado y ardido en sus fervores, pasiones y romanticismos. Así sean también, las lúdicas y motivadoras jugarretas y cuenta mundo de su *Ternura* (1924), libro maravilloso-maravillador, casi siempre nuevo y casi siempre inédito en un saber contar, que es encantar, con lo cual se entra en la magia: El mundo

arrullador de infancia pero a su vez, de las ternuras esenciales: “dame la mano... y me amarás”.

Un hito, sin duda, revelador en la obra poética mistraliana y en la poesía chilena e iberoamericana lo constituye *Tala* (que se edita en 1938, y en Buenos Aires), uno de los libros fundamentales de Gabriela Mistral. Ella misma consideraba que era su verdadera obra, sobre todo porque en sus páginas está la raíz de lo indoamericano. Libro de los ánimos espirituales y las materias corporales (pan, sal, agua), las ausencias, los nocturnos y las alucinaciones: el mundo y el ser: *Amo las cosas que nunca tuve con las otras que ya no tengo*.

Pero también están en estas páginas los asuntos soberbios de una América precolombina, ritual y ceremoniosa, en el himno o canto reivindicatorio de los mitos y las realidades americanas (*Sol del Trópico, Cordillera, Maíz*), con sus himnos indios a los incas y a los mayas y a todos los frutos americanos. Libro abierto a las naturalezas humanas y geográficas de nuestro Continente.

Tala es también el libro de la fe, de la recreación religiosa del mundo, de la devota consumación del dolor, del descendimiento y la letanía. Verso certero y religioso, que parece nuevo o como no visto, y que maravilla de gozo lectural por su lengua cotidiana. Lengua cotidiana muchas veces conversacional, tipificadora de escritura única y novedosa, cargada de lo viejo y de lo nuevo que hay en sus temas: lo arcaico y lo criollo, lo indígena y lo español. De ahí su verso que va siempre de lo doloroso a lo íntimo, de lo áspero a lo bíblico, de lo sanguíneo al sacudón del alma. “Vivirá entre nosotros ochenta años / pero siempre será como si llega,/ hablando lengua que jadea y gime”.

Ese su hablar lengua de idioma en aquel otro libro de 1954 –*Lagar*–, con todo lo símbolo y significante que sus páginas tienen: los lutos, las guerras, los vagabundajes, los desvelos de mujer piadosa, fervorosa, fugitiva –“locas mujeres”, dirá ella–, en los temas y tratamientos tan singularmente íntimos y tan nostálgicamente plurales en sus adioses y despedidas: “Tanto quiso olvidar que ya ha olvidado. / Tanto quiso mudar que ya no es ella”.

Aunque de publicación póstuma, no olvidemos un libro muy suyo: *Poema de Chile* (1967). Obra de permanente motivación y escritura durante casi toda la vida de la maestra chilena. Poética y geográficamente lección recreadora del país natal, viaje mítico e imaginario (pero real) por el Chile lejano y amado. La autora se hace acompañar aquí –“las rutas sin compañero parecen largo bostezo”– de un niño diaguita –repárese en este fervor indigenista de nuestra Mistral–, además va con ella un ciervo o huemul chileno –repárese en una Mistral resguardadora de nuestra naturaleza y defensora de su vida silvestre.

Lección digo, este *Poema de Chile*, en lo vivo y lo viviente del suelo natal en un redescubrir la entraña misma del largo país. Además de un dar gracias epifánicas a la tierra natal, viene a ser un cabal y nutricional testimonio literario y poético que eterniza memoria y geografía del país-patrio:

“En montañas me crié con tres docenas alzadas. / Parece que nunca, nunca, las perdí / ni cuando es día ni cuando es noche estrellada. Y aunque me digan el mote / de ausente y de renegada, / me las tuve y me las tengo, todavía, todavía / y me sigue su mirada...”

*

“Como buena maestra de niños, soy sincera”, dijo una vez, muchas veces, Gabriela Mistral. También dirá: “Yo tengo el hábito del chileno viejo de decir lo que pienso”. Resumía así, en frases breves e intensas, su franqueza de palabra motivadora de enseñanza y de vida. Maestra, por cierto, y la que más, desde muy joven, casi en línea fronteriza entre niñez y adolescencia, cuando daba sus lecciones de maestra, incluso a muchachones que la sobrepasaban en edad. De aquellas experiencias primeras, de escuelas y ruralidades, coquimbana y andina, cuando el oficio había caído cenitalmente encima de ella, escribirá *La maestra rural*, poema voto-himno-drama que es un poco y mucho ella misma en la humildad y la devoción de su oficio cotidiano. Así sea también su *Oración de la maestra*, su hazme fuerte, “aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda pasión que no sea la voluntad ardiente sobre mi vida”.

Por 1947, y en los Estados Unidos, cónsul ella en California, y ya Premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral recordará sus años de maestra rural por localidades serenenses y coquimbanas -Compañía Baja, La Cantera o Cerrillos-, aldeas y escuelas suyas de su adolescencia, en los inicios del siglo veinte: “La vida rural chilena de ese tiempo era invivible para cualquier maestra graduada. Yo era maestra *interina* y de este modo se doblaba para mí el complejo del desdén absoluto con que los llamados visitantes miraban hacia las escuelas y las enseñanzas del campo. Sigo creyendo, por todo lo que vi, que lo más importante para Chile no es asistir con creces todo lo urbano y desamparar, por un capitalismo exorbitado, las aldeas pobres y a veces hambreadas”.

Nuestra Gabriela Mistral siempre se definirá como “una simple y antigua maestra rural”. O “esta vieja maestra”. También se calificará bellamente como “artesana de la pura palabra escrita y aprendiz de la hablada”. Su afán de vida, en esto de enseñar con la actitud, el gesto y la palabra –según uno de sus pensamientos pedagógicos-, tendrá su motivación y acción de interés muy intenso en la escuela rural o la escuela granja o la escuela campesina. Y en esta materia por una enseñanza unitaria de teoría y práctica, más esta que aquella, que maestro y alumno tuvieran una conciencia y una identidad efectiva con los trabajos diarios, los cultivos y la tierra.

Experiencia que se enriquecerá educadora y vivencialmente en ella durante su tiempo mexicano de los años 23, 24 en aquellas tan venturosas “misiones de enseñanza” del Ministro Vasconcelos: “En el campo de Mitla un día... recuerdo gestos de criaturas y eran gestos de darme el agua”.

“A mí no me interesa el trabajo en las ciudades, expresaba Gabriela Mistral, sino en el campo de Chile. Y esto no es nacionalismo, es una especie de amor universal de lo rural que hay en mí y que es lo único que me siento vivo y en pie...”

Había así en Gabriela Mistral, en su anchura de ojo y de entendimiento, y a pesar de los años muchos de aquel apostolado de enseñanza y experiencia primera de maestra, una especie de edificadora vigilia o vigilare permanente.

*

Si el proceso poético de Gabriela Mistral es, a través de cada uno de sus libros, siempre sorprendente y asombroso, no lo es menos su mismísima prosa, tan notable de escritura y tan reveladora en el tratamiento de sus temas. Que una y otra vertiente –poesía y prosa– conllevan los siempre vitales temas que tanto importaron a la autora: la vida, la escuela, lo religioso, lo social, la mujer o “el mujerío” como ella decía en tan plural y elocuente palabra, lo indígena, los asuntos ciudadanos, la naturaleza, lo geográfico, lo chileno, lo americano, las artesanías (“criollas y araucanas”, dice ella), los mitos y costumbres, el folclore, su país todo, que hoy nos resulta una suerte de visitar nuestro Chile propuesto por ella en su tipificadora escritura recadera.

En sus textos prosísticos –llámense, con mejor propiedad, *recados* o *motivos*– se tratan, con las emociones más puras y profundas, las cuestiones que le dictaron seres y cosas, y que ella consideraba dignos de contárselos a sus semejantes, dando sello y estilo a una singular escritura recadera. “Estos recados –confesaba la autora de *Tala*– llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir”. Mi “dejo rural”, habrá que repetir, para remarcar el apego real y lingüístico a las materias genésicas de nuestra autora. O ella misma definiéndose también, muchas veces, como una mujer “de acérrima lengua americana en la tonada muy criolla que es mi escritura”.

Y no solo la página escrita para el periódico o la revista. También sus decires en las más diversas tribunas internacionales o en los paraninfos universitarios. O en sus muchos encuentros dialogantes y conversacionales con gentes pensadoras de su ladera. Sin titubeo alguno expresará su pensamiento y su mirada crítica y reflexiva. Su neta voluntad de ser. Los decires de Gabriela Mistral, además de su notable belleza de escritura, tienen así la energía que da la sobriedad y la verdad de su lenguaje. Por sus *recados* va y viene la historia viva y sin mito de nuestros pueblos totales.

Prosas o temas tan actuales y vigentes como su defensa por la paz, por ejemplo, *-la palabra maldita*, como la llama-, ella pacifista de todos los días, reivindicando éticamente en acción y en conducta esa palabra manchada por las odiosidades y las guerras. Agréguese a esta legítima y necesaria y urgente defensa, su *Mensaje de los Derechos Humanos Básicos* y su discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas, diciembre de 1955. Tema, por cierto, de tanta dramática importancia y relevancia en éste y todo tiempo.

El texto-mensaje de Gabriela Mistral constituye un permanente y fervoroso llamado a la comunidad internacional en sus pueblos y sus gobiernos, y a las generaciones de hoy y futuras también. Y, a su vez, una lección de magisterio y lección cívica y de humanidad en su trascendencia universal:

“Yo sería feliz si vuestro noble esfuerzo por obtener los Derechos Humanos fuese adoptado con toda lealtad por todas las naciones del mundo. Este triunfo será el mayor entre los alcanzados en nuestra época”, pedía Gabriela Mistral con énfasis rotundo sobre un tema también rotundo.

*

Comunidad universitaria: Memorable día hoy para la cultura y la educación y la literatura nacionales, en que una Universidad chilena, estatal y pública, la muy noble y pedagógica Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, honra a Lucila Godoy Alcayaga-Gabriela Mistral con tan dignísimo grado académico de Doctor Honoris Causa, en forma póstuma, reconociendo en ella, “mujer excelsa”, alma Mater también, a la poetisa y maestra chilena y cuya misión y afanes en su vida, a la par de su propia literatura, conllevó siempre, y desde muy temprano, el de servir a los propósitos de la educación en todas sus manifestaciones, desde la escuela rural, como se ha dicho, a la Universidad misma, como institución de la educación superior y pública muy cercana en ella.

Pues en esta vivencialidad de vida y obra de nuestra autora, hay un asunto muy cercano y muy querido por Gabriela Mistral: la Universidad y su misión rectora en todos los ámbitos de la educación, la cultura, las artes y las ciencias. Ella que habló de la unidad de la cultura ante el claustro universitario de la Universidad de Guatemala, al recibir un Doctorado Honoris Causa, 1931, la primera prestigiosa distinción académica y universitaria que recibe en su vida. O sobre el sentido de la profesión a los estudiantes graduados de la Universidad de Puerto Rico. O sobre la aventura de la lengua a académicos y estudiantes de la Universidad de California, y en tantas otras universidades del continente, que le abrieron sus puertas y escucharon su palabra. Y ella dejó su palabra porque nunca estuvo ajena a los palpitantes y permanentes asuntos universitarios y estudiantiles:

“Yo creo en la Universidad como en una institución tan ancha y tan profunda, que suelo no aceptar como tales a las universidades empequeñecidas que gobiernan no más de cuatro parcelas de la cultura nacional, cultivando, por ejemplo, las ciencias sin las industrias o estas sin las artes”, dirá el día que recibe un doctorado Honoris Causa en una universidad centroamericana por la década de los años treinta.

Una sensibilidad de sismógrafo debería tener la Universidad, dice Gabriela Mistral: “un ojo sin pestaño, de búho mitológico. Yo haría de ella la pulsadora más delicada de la entraña nacional y la espectadora más conmovida del acontecimiento educacional, intelectual; una conciencia riquísima de ceiba de cien brazos, capitana del horizonte; la haría la respondedora de las más diferentes actividades, y cierta universalidad de Iglesia –que eso es

de hecho-, la obligaría hacia todas las clases por iguales partes y hacia los obreros realizadores de las cosas”.

“La obligaría hacia todas las clases por iguales partes y hacia los obreros realizadores de las cosas”, reitera nuestra Mistral, siguiendo, sin duda, el derrotero de aquella *Sociabilidad chilena* de un Francisco Bilbao, a quien admiró grandemente porque grandemente también importó en él la educación del proletariado político y social a través de la Sociedad de la Igualdad que contribuyó a fundar.

“Madre se llamaría entonces con razón a la Universidad, remata Gabriela Mistral, porque, cual más, cual menos, todos habríamos vivido un tiempo sentados en su matriz de hacer y de cubrir”.

Pero, a su vez, Gabriela Mistral, hará tomar conciencia a los jóvenes (“andan disfrazados de locos en las tertulias y en los cafés, pero son los cuerdos de mañana y los doctores de la ley de pasado mañana”), a los estudiantes universitarios que van a la universidad a buscar un título -“El orgullo del título es hermoso y razonable”, dice- y en sus responsabilidades que tienen en su menester profesional: “Y es que tal vez la única cosa importante en este mundo sea, bien mirada, el cumplimiento perfecto de nuestro menester”.

Aseguraba ella que el desorden del mundo viene de los oficios y de las profesiones mal o mediocremente servidos: “He visto muchas cosas –dirá nuestra Mistral-, por aquello de que ve bastante el que camina, por distraído que sea, y he conocido la cara de casi todas las crisis en varios pueblos, dándome cuenta al final de que el asiento geológico de los males más diversos era el anotado: los oficios y las profesiones descuidadamente servidos: político mediocre, educador mediocre, médico mediocre, sacerdote mediocre, artesano mediocre, esas son nuestras calamidades verdaderas”.

“La profesión se me ha vuelto a mí, y quisiera que se les volviese a ustedes -le dice a los estudiantes graduados de la Universidad de Puerto Rico, en mayo de 1931-, la columna vertebral que nos mantiene la línea humana, la vertical del hombre, y lo demás se me ocurre ser carne servil y a veces muelle, o una decoración de gestos y sonrisas”. De ahí que, para Gabriela Mistral, la Universidad donde quiera que exista, debe construir una institución de calidad pura, de apretada selección”.

Tales eran, en parte, los valores reales de humanismo y de trabajo intelectual de una autora, que no se quedó en los juegos con la gloria de unos sonetos, ni en la aureola de un Premio Nobel. Muy por el contrario. Atenta a los pulsos vivos del quehacer universitario, en sus ánimos y en sus espiritualidades. “Cada ciencia y cada técnica se parecen a la fiera dura de rastrear, coger y echar en el morral, y cada aprendizaje que mira a la especialización viene a ser la flecha disparada hacia el infinito”, escribía por 1948 en unas reflexiones muy suyas.

Como muy suyas serán, también, las frases estimulantes pero exigentes a los jóvenes universitarios: “sigan sintiéndose estudiantes, ello será a la vez sentirse joven y saberse a media ruta. No se engrasen ustedes en la satisfacción, no se sienten en la clásica mecedora tropical, dense por pedagogo al Rigor a pesar de su piel recia, y, como el trapense, vigílense día a día la complacencia sobrada de sí mismos. La profesión y el oficio se parecen a los

dioses lares: ellos piden un culto diario. Cuando la fe en la medicina, en las leyes o en la pedagogía se relajan, lo mismo que cuando las religiones no sacan chispas de los corazones secos, bueno es alarmarse y entrar en averiguación minuciosa del proceso, porque lo acontecido será el que la sal se ha ido volviendo insípida y el paladar de las almas la deja por inútil”.

Razones sobradas tenían entonces las más prestigiosas universidades de América Latina, de los Estados Unidos y Europa, para recibirla en sus claustros y distinguirla como una de las más ilustres mujeres de su siglo veinte, en su tiempo y en todo tiempo.

*

Pero también este acto académico y acto universitario, para honrar a una tan chilena, chilénísima, Gabriela Mistral, se celebra en este Salón de Honor del Congreso Nacional – del ex edificio del Congreso, se dice hoy-, pero lugar más símbolo y más fundamento de la vida republicana del país no puede ser otro que este ámbito nacional de un Chile que Gabriela Mistral tanto pensó y vivió y amó: “soy una chilena ausente, pero no una ausentista”, dirá en los años muchos de su extranjería, pues nunca estuvo ajena a la realidades patrias, contingentes y ciudadanas de su Chile natal. Contadora de patria, después de todo. “Por mi voz hablan las mujeres de la clase media y del pueblo”, dirá por el año constitucional chileno de 1925. Y en esa frase está resueltamente su identidad social y su visionario compromiso con las realidades contingentes patrias.

No sólo autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e iberoamericana del siglo veinte, sino que a la par también una mujer ciudadana en su tiempo y en su porvenir. Se diría conciencia viva de una época que resume en sus recados y ensayos el ritmo vital de Chile, la faena de una América y la visión del mundo en un estar en las circunstancias reales y dramáticas del quehacer contemporáneo.

“Yo no tengo por mi pequeña obra literaria el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansias de reivindicaciones populares, de aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y ha conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países”. (Discurso en la Unión Panamericana, Washington, agosto, 1932).

Así, y en estas materias, va surgiendo el Chile, nada de romántico ni utópico, que nuestra Mistral ansiaba promover a nación moderna que se interesa en el bienestar de los humildes, en la educación nacional y en toda una democracia genuina, y el alma de un Chile Siglo Veinte en su proyección de presente y de porvenir. El *cuerpo moral de un país*, como ella dice, destacando esa limpieza republicana. O con más énfasis: *los pulsos nacionales*, definiendo así un ritmo de acción o una voluntad de ser del chileno.

Gabriela Mistral, con esa donosa manera de contar tan suya y en su permanente acercamiento a lo más auténtico y nutricio de la tierra patria, nos revela, en su pensamiento y en su acción, sus vivencialidades y sus reflexivas ideas en torno a una chilenidad genuina,

que no descuida su historia y su idiosincrasia. Y en ese espíritu y sentido, lo más vital de la vida chilena en su desarrollo crítico y ciudadano de una época.

“Yo, la insufrible demócrata”, se definió una vez, muchas veces. Y al recibir el Premio Nobel de Literatura (diciembre de 1945, hace exactamente 70 años), de manos de Su Majestad Real, el Rey Gustavo V, de Suecia, se declarará “una hija de la Democracia chilena”. Y escribe la palabra Democracia con mayúscula -con D “encopetada”, como dice ella misma-, ajena a todo patriotismo quisquilloso, remarcando más bien un “patriotismo vuelto religión natural y pulso sostenido de la raza”.

No sólo autora de una “poesía lírica inspirada en poderosas emociones” (como bien fundamentó la Academia Sueca al otorgarle el universal galardón Nobel), sino también en las realidades y necesidades mismas del desarrollo democrático y ciudadano del país natal, del país que ella quería: “Yo veo al país en tres dimensiones: la geográfica, la económica y hay todavía la moral. Cuando digo aquí moral, digo moral cívica”, expresaba enfáticamente.

Gabriela Mistral, que se vivió los años tónicos del país, lo que ella llamará el *ritmo vital* de Chile o el *signo de la acción*, en medio de un país urgido de democracia y de vida republicana, veía en ese ritmo o acción, la fuente rumiadora de nuestra historia y de nuestra moral ciudadana: “Llévenos ella –nuestra historia y nuestra moral- en su corriente, y haga nuestro destino”, decía.

Así, a través de Gabriela Mistral, de su vida, de su obra, de su enseñanza, oímos Chile, sentimos Chile, pensamos Chile.

Muchas gracias.

Santiago, 21 de octubre, y 2015.

*